

Un poco más subido y más lozano  
 Que el rojo de la cara; entre uno y otro  
 La diferencia habrá que entre la rosa  
 De tinte obscuro y la de menos brío.  
 Silvio, mujeres hay que haber notado  
 Por partes, como yo, sus perfecciones,  
 Muy cerca a tales horas estarían  
 De enamorarse de él; mas, por mi parte,  
 Ni amor le tengo, ni odio; y, sin embargo,  
 Más bien debiera odiarle que quererle:  
 Pues ¿qué derecho tiene de reñirme?  
 Que era morena, dijo, y de ojos negros;  
 Y se burló de mí; me acuerdo ahora.  
 Que no le respondiera a fe me admira.  
 Lo mismo da: descuido no es olvido;  
 Le escribiré una carta muy burlona,  
 Y tú la llevarás. ¿Haráslo, Silvio?  
 Con toda el alma, Febe.

SILVIO.  
 FEBE.

Pues al punto  
 La he de escribir: el contenido de ella  
 Me bulle en la cabeza y en el alma.  
 Dura seré con él, y más que breve.  
 Partamos, pues. Ven tú conmigo, Silvio.

*(Vanse.)*

## ACTO CUARTO

### ESCENA PRIMERA

*La selva.*

*(Entran ROSALINDA, CELIA y JAQUES.)*

JAQUES.— Ruégote, lindo joven, que nos conozcamos mejor.

ROSALINDA.— Dicen que sois en extremo melancólico, camarada.

JAQUES.— Es cierto, me gusta más la melancolía que la risa.

ROSALINDA.— El ser extremado en cualquiera de las dos, hace a la gente aborrecible, y más acreedora a censura que el borracho.

JAQUES.— Pero ¿no es bonito eso de estar triste y no decir palabra?

ROSALINDA.— Entonces, más valdría ser un poste.

JAQUES.— Mi melancolía ni es la del sabio, que es emulación, ni la del músico, que es fantástica, ni la del cortesano, que es orgullosa, ni la del soldado, que es ambiciosa, ni la del letrado, que es política, ni la de las damas, que es fastidiosa, ni la del amante, que participa de todas éstas; sino una melancolía mía propia, compuesta de varios ingredientes, extraída de muchos objetos, y en verdad es el resultado de mis contemplaciones de viaje, cuyos recuerdos frecuentes me dejan sumido en un estado de caprichosa tristeza.

ROSALINDA.— ¿Conque viajero? A fe mía que tenéis gran motivo para estar triste. Me temo que vendisteis vuestras tierras para ver las ajenas. Pues haber visto mucho y no tener nada, es tener los ojos ricos y las manos pobres.

JAQUES.— Sí, he adquirido experiencia.

ROSALINDA.— Y vuestra experiencia os entristece: más quisiera mantener a un bufón que me alegrara, que adquirir experiencia para estar triste. ¿Y para eso habéis viajado? (*Entra ORLANDO.*)

ORLANDO.— Salve y ventura, dulce Rosalinda.

JAQUES.— ¿Qué es eso? ¿Habláis en verso? Pues quedad con Dios. (*Vase.*)

ROSALINDA.— Adiós, señor viajero: mucho cuidado con cecear y con vestir extraños trajes; echad por el suelo todas las ventajas de vuestro país; renegad de vuestra estrella, y subleaos contra Dios por haberos hecho del talante que os hizo, o apenas podré creer que habéis nadado en góndola. ¡Hola! ¿Qué es esto, Orlando? ¿Dónde habéis estado tanto tiempo? ¿Vos amante? Como me volváis a jugar una tal partida, no os pongáis más en mi presencia.

ORLANDO.— Hermosa Rosalinda, llego una hora después de lo prometido.

ROSALINDA.— ¡Cómo! Faltar en una hora a una cita de amor! De aquel que, dividiendo un minuto en mil partes, faltare en una sola parte de la milésima parte de un minuto en asuntos de amor, se podrá decir que Cupido le haya dado una palmada en el hombro; pero yo respondo de que su corazón está intacto.

ORLANDO.— Perdonadme, querida Rosalinda.

ROSALINDA.— No; si sois tan tardo en acudir a vuestras citas, no volváis a mi presencia: antes me dejara cortejar por un caracol.

ORLANDO.— ¿Por un caracol?

ROSALINDA.— Sí, por un caracol; pues aunque llegue tarde, se trae su casa a cuestras; mejor dotación que la que vos pudiereis hacer a una mujer. Además, trae consigo su destino.

ORLANDO.— ¿Cómo se entiende?

ROSALINDA.— Pues, los cuernos; mientras que muchos como vos prefieren tener que agradecerse a sus mujeres; pero él viene ya armado con su fortuna, y evita que hablen mal de su mujer.

ORLANDO.— La virtud no pone cuernos, y mi Rosalinda es virtuosa.

ROSALINDA.— ¿Soy yo vuestra Rosalinda?

CELIA.— Se complace en daros ese nombre; pero tiene una Rosalinda de mejor garbo que vos.

ROSALINDA.— Vamos, requebradme, pues tengo gana de fiesta, y es probable que consienta. ¿Qué me diríais si fuera de veras vuestra Rosalinda?

ORLANDO.— Antes de hablar, os besaría.

ROSALINDA.— No; haríais mejor en hablar primero, y cuando os atascarais por falta de materia, podríais aprovechar la ocasión para besar. Los mejores oradores, cuando se les va alguna vez el santo al cielo, suelen toser; y cuando a los amantes se les acaba (lo que Dios no permita) la materia, el recurso más decente de que pueden echar mano es el de besar.

ORLANDO.— ¿Y si el beso fuere negado?

ROSALINDA.— En tal caso os daría pie para rogarla, y ya tendríais nueva materia de conversación.

ORLANDO.— ¿A quién se le podría trabar la lengua estando delante de su amada?

ROSALINDA.— A vos, si fuera yo vuestra amada, o de otra suerte sería hacer más favor a mi virtud que a mi discreción. ¿No soy yo vuestra Rosalinda?

ORLANDO.— Tengo gusto en daros ese nombre, pues quisiera estar siempre hablando de ella.

ROSALINDA.— Pues, en su persona, os digo que no os quiero.

ORLANDO.— Pues, entonces, en mi propia persona me muero.

ROSALINDA.— No, a fe: moríos por poderes. Este mísero mundo tiene ya cerca de seis mil años de existencia, y en todo este tiempo no ha muerto ningún hombre en su propia persona, es decir, no por causa de amor. Troilo tuvo el cráneo aplastado por una maza griega, pero hizo cuanto pudo por morir antes; y él fué un amante modelo. Leandro hubiera vivido largos y felices años, aunque Hero

se hubiese metido monja, si no hubiese sido por el calor que hacía una noche de verano; pues el pobre mozo se fué a bañar, y de un calambre que le dió, se ahogó; y los cronistas imbéciles de aquel tiempo dieron en decir que fué por Hero de Sestos. Pero éstas no son más que patrañas: de tiempo en tiempo se han muerto los hombres, y los gusanos se los han comido; pero nunca de amor.

ORLANDO.— No quisiera que mi verdadera Rosalinda fuera de ese parecer, pues confieso que un fruncir de ceño suyo sería bastante a quitarme la vida.

ROSALINDA.— Por esta mano juro que no sería bastante a quitar la vida a una mosca. Pero, en fin, seré vuestra Rosalinda, y me mostraré de humor más tratable; pedidme lo que queráis, os lo he de conceder.

ORLANDO.— Amadme, pues, Rosalinda.

ROSALINDA.— Sí a fe, incluso los viernes y los sábados.

ORLANDO.— ¿Y me querrás?

ROSALINDA.— A vos y a otros veinte como vos.

ORLANDO.— ¿Qué decís?

ROSALINDA.— ¿No sois bueno?

ORLANDO.— Lo espero al menos.

ROSALINDA.— Pues ¿entonces? ¿No habéis oído decir que lo bueno nunca fué mucho? Ven, hermana, tú harás de cura, y nos casarás. Dadme la mano, Orlando. Vamos, hermana.

ORLANDO.— Cásanos por favor.

CELIA.— No sé las palabras.

ROSALINDA.— Empieza así: “¿Quieres, Orlando...”

CELIA.— Ya me acuerdo. ¿Quieres, Orlando, por mujer a Rosalinda, aquí presente?

ORLANDO.— Sí, quiero.

ROSALINDA.— Sí, pero ¿cuándo?

ORLANDO.— Pues ahora mismo, tan pronto como ella nos pueda casar.

ROSALINDA.— Entonces debéis decir: “Te tomo, Rosalinda, por mujer.”

ORLANDO.— Te tomo, Rosalinda, por esposa.

ROSALINDA.— Yo os pudiera exigir vuestros papeles; pero

¿qué más da? Te tomo, Orlando, por marido. He aquí una niña que se anticipa al cura; y ciertamente que los pensamientos de una mujer se adelantan siempre a sus acciones.

ORLANDO.— Siempre hacen eso los pensamientos: son alados.

ROSALINDA.— Decidme ahora: ¿por cuánto tiempo la queréis por vuestra, ya que le habéis logrado?

ORLANDO.— Por siempre y un día.

ROSALINDA.— Decid por un día sin el siempre. No, no, Orlando; los hombres son abril cuando cortejan, y diciembre cuando se casan; las mozas son mayo cuando solteras, pero el cielo se muda cuando se casan. Tendré más celos de ti que un palomo berberisco de su paloma; seré más ruidosa que un loro cuando amenaza lluvia; más caprichosa que una mona; más vertiginosa en mis deseos que un mico. Lloraré por nada, como Diana en la fuente, y eso cuando estés de humor alegre; me reiré como una hiena, y eso cuando tengas ganas de dormir.

ORLANDO.— Pero ¿hará eso mi Rosalinda?

ROSALINDA.— Por vida mía, hará lo que yo hiciere.

ORLANDO.— Pero ¿ella es discreta!

ROSALINDA.— Por eso mismo sabrá hacer mejor su papel: cuanto más discreta, más traviesa. Cerrad las puertas al ingenio de una mujer, y se saldrá por la ventana; cerrad ésta, y se saldrá por el agujero de la llave; tapad éste, y se escapará por la chimenea con el humo.

ORLANDO.— Bien pudiera decir el hombre que tuviera una mujer con un ingenio de esa especie: “¿Ingenio, adónde te quieres llevar a mi mujer?”

ROSALINDA.— No; podríais guardar ese freno para cuando tropezarais con el ingenio de vuestra mujer yendo camino de la cama de vuestro vecino.

ORLANDO.— Y ¿qué ingenio tendrá el bastante ingenio para disculpar semejante encuentro?

ROSALINDA.— ¡Tomal, diría que fué allí en busca vuestra. No la atraparéis nunca sin respuesta; para eso sería menester

que la atrapaseis sin lengua. ¡Ah!, la mujer que no sepa convertir cualquier deslíz suyo en culpa de su marido, no debe criar a su propio hijo; le saldrá tonto.

ORLANDO.— Me separo de ti por dos horas, Rosalinda.

ROSALINDA.— ¡Ayl, amor mío, no podré estar sin ti estas dos horas.

ORLANDO.— He de asistir a la mesa del Duque. A las dos estaré de vuelta contigo.

ROSALINDA.— Bien, idos en buen hora. Me lo supuse de vos; mis parientes me lo dijeron, y yo no esperaba menos. Me habéis engatusado con vuestras lisonjas. ¡Qué imortal Habrá una mujer más abandonada. Venga ahora la muerte. A las dos os aguardo.

ORLANDO.— A las dos, querida Rosalinda.

ROSALINDA.— A fe mía, y lo digo de veras, así Dios me valga, y por cuantos juramentos hubiere inocentes y sin peligro, juro que, si faltáis en un ápice a vuestra promesa, o si llegáis un solo minuto después de la hora, os tendré por el más patético despalabrado, y por el amante más falso y por el más indigno de la que llamáis Rosalinda, de cuantos pudieran elegirse entre la gran cáfila de los infieles; temed, pues, mi reprensión, y cumplid vuestra palabra.

ORLANDO.— Tan religiosamente como si fuerais mi verdadera Rosalinda. Y con esto, adiós.

ROSALINDA.— En fin, el tiempo es el antiguo juez de tales delincuentes: que él decida. Adiós. (*Vase ORLANDO.*)

CELIA.— No has hecho otra cosa que maltratar a nuestro sexo en tu discreto amoroso. Es menester que te quitemos las calzas y la ropilla y que te saquemos los trapos a la colada, para que vea el mundo lo que ha hecho el pájaro en su propio nido.

ROSALINDA.— ¡Oh prima, prima, prima, hermosa primita mía! ¡Si supieras cuán hondamente estoy sumergida en el mar del amor! Pero es imposible sondearlo; mi sentimiento, como la bahía de Portugal, no tiene fondo conocido.

CELIA.— O por mejor decir, no tiene fondo alguno; y por más amor que le echés, se sale a más correr.

ROSALINDA.— No; que juzgue aquel bastardo travieso de Venus, que fué engendrado por el pensamiento, concebido por la hipocondría, y dado a luz por la locura, aquel pícaro ceguezuelo que se entretiene en engañar los ojos de los demás porque le faltan los suyos, que juzgue y diga cuán honda es mi pasión. Te juro, Aliena, que no me hallo lejos de Orlando. Buscaré la sombra, y suspiraré hasta que vuelva.

CELIA.— Y yo dormiré. (*Vanse.*)

## ESCENA II

*La selva.*

(*Entran JAQUES, NOBLES y MONTEROS.*)

JAQUES.— Quién mató al venado?

UN NOBLE.— Señor, fui yo.

JAQUES.— Presentémosle al Duque como conquistador romano; y no estaría de más que le pusiéramos los cuernos del venado, a guisa de corona triunfal. Monteros, ¿no tenéis alguna canción propia para esta ocasión?

MONTEROS.— Sí, señor.

JAQUES.— Cantadla, pues; no importa que no guardéis el compás, con tal que metáis bastante ruido.

### CANCIÓN

MONTERO 1º. *Al que mató el venado, decid: ¿qué le*

MONTERO 2º. *Su piel para un jubón; [daremos? Sus cuernos le pondremos.*

MONTERO 1º. *Llevalde, pues, en triunfo, cantando esta [canción.*

CORO. *No te avergüences de llevar el cuerno:*

*Antes que tú nacieras*

*Yelmos ornó y cimieras.*

*El padre de tu padre ciñó con él su frente;*

*Tu padre lo consiente;*

*Lo llevarán tus hijos, lo llevará tu yerno.*

¡Pues viva, viva el cuerno!  
 ¡Viva el cuerno valiente!  
 Y esto entendedlo bien:  
 Tratarle no se debe con desdén. (Vanse.)

## ESCENA III

La selva.

(Entran ROSALINDA y CELIA.)

ROSALINDA.— ¿Qué me dices ahora? ¿No son ya las dos dadas? ¡Y Orlando sin aparecer!

CELIA.— Estoy segura que, movido del más ardiente amor, y trastornado el cerebro, tomó el arco y las flechas, y se fué a dormir. Pero mira quién se acerca. (Entra SILVIO.)

SILVIO A vos va mi recado, lindo joven.  
 Febe gentil mandó que os diera aquesto.  
 Ignoro el contenido, mas colijo,  
 Por el adusto ceño y gesto rudo  
 Que puso al escribirlo, que ese pliego  
 Es de tenor airado. Perdonadme:  
 Soy inocente mensajero sólo.

ROSALINDA. Se estremeciera la paciencia misma,  
 Y hablara grueso al recibir tal carta:  
 Quien esto aguanta, aguantarálo todo.  
 Que no soy guapo, dice, y mal criado;  
 Me llama altivo, y no podría amarme  
 Aun siendo el hombre raro como el fénix.  
 ¡Por vida mía! ¡A mí tal carta! ¡Mira,  
 Mira, zagal, no sea trama tuya!

SILVIO. Juro que ignoro el contenido de ella.  
 Febe la puso.

ROSALINDA. Vamos, sois un bobo,  
 A quien lleva el amor a tal extremo.  
 Bien vi su mano: es como el cuero tosca;  
 Mano color de piedra; tiene mano

De fregatriz; pero eso ¿qué me importa?  
 Te digo que jamás trazó tal carta:  
 La letra y contenido son de hombre.  
 Es suya a fe.

SILVIO.

ROSALINDA.

Su estilo es agresivo,  
 Propio de un reñidor: me desafía  
 Como turco a cristiano. Es imposible  
 Que gentil seso de mujer invente  
 Insultos tan titánicos, palabras  
 Tan etíopes, más negras en su efecto  
 Que de color. ¿Queréis oír la carta?

SILVIO.

Si os place. Nunca oí su contenido,  
 Aunque harto oí de la crueldad de Febe.  
 ¡A mí con Febe! ¿Habrás visto? Escucha,  
 Verás lo que me escribe la tirana. (Lee.)

ROSALINDA.

“¿Eres algún dios nefando  
 Disfrazado de zagal,  
 Tú, que herida tan mortal  
 Hiciste en mi pecho blando?”

¿Será posible que regañe así una mujer?

SILVIO.— ¿A esto llamáis regañar?

ROSALINDA.

(Lee.) “Di: ¿por qué sin compasión,  
 Trocando tu ser divino,  
 Quieres flechar, asesino,  
 De una niña el corazón?”

¿Habrás visto modo de regañar?

“Con su amor tierno y galano

Más de un pastor me brindó;

Pero jamás se rindió

Mi pecho al amor humano.”

Dando a entender que soy una bestia.

“Juzga, si airados tus ojos

En mí tal estrago han hecho,

¿Cuál no dejarán mi pecho

Mirándome sin enojos?

Te quise, haciéndome agravio

Tu labio con cruel desvío:

¿Y qué no hiciera, bien mío.  
Si me rogara tu labio?  
Dulce bien, del mensajero  
Es mi pasión ignorada:  
Dale tu carta sellada,  
Y dime en ella sincero,  
Si tu alma, a piedad movida  
Por mi bárbaro dolor,  
Admite cual don de amor  
Mi corazón y mi vida.  
Si fuera adversa mi suerte,  
Por él la respuesta envía,  
Que vendrá cual flecha impía  
A darme cruda la muerte.”

SILVIO.— ¿A esto llamáis regañar?

CELIA.— ¡Ay, pobre pastor!

ROSALINDA.— ¿Y le compadeces todavía? No, es indigno de lástima. ¿Y eres capaz de amar a una mujer semejante? ¡Cómo! ¡Convertirte en instrumento para tocar notas falsas! Bien; vuélvete a ella, pues creo que el amor te ha transformado en culebra mansa, y dile lo siguiente: Que si me quiere, que la mando que te quiera a ti; y si no lo hace, que no la querré jamás sino a ruego tuyo. Si eres amante fiel, vuela, y no digas palabra, porque aquí viene alguien.  
(Vase SILVIO.) (Entra OLIVERIO.)

OLIVERIO. ¡Salud, oh par gentil! ¿Sabéis, os ruego,  
Adónde en los confines de esta selva  
Cae un redil cercado de olivares?

CELIA. En el vecino valle, más al Este;  
Dejando a diestra mano aquella hilera  
De mimbreras que veis del raudo arroyo  
Allá en la orilla, llegaréis al sitio.  
Pero a tal hora sola está la casa,  
Y se vigila a sí; no hay nadie en ella.

OLIVERIO. Si alcanza el labio a aleccionar al ojo,  
Debiera conoceros por las señas:  
De tal edad, tal traje: “El mozo es rubio,

De aspecto mujeril, y no parece  
Sino hermana mayor. La niña es baja,  
Y más morena que él”. ¿No sois, por dicha,  
Los amos del redil por que pregunto?  
Ya que lo preguntáis, no es vanagloria  
Decir que sí lo somos.

CELIA.

OLIVERIO.

Pues Orlando  
Saluda a entrambos, y al pastor que llama  
Su Rosalinda manda este pañuelo  
Manchado en sangre. ¿Sois aquél, por  
[dicha?

ROSALINDA.

OLIVERIO.

Sí tal; ¿mas qué me anuncia esta embajada?  
Parte de mi deshonra, en preguntando  
Quién soy, de donde, cómo y cuando vino  
Sangrienta mancha en él.

ROSALINDA.

Narradlo, os  
[ruego.

OLIVERIO.

Al irse de vuestro lado Orlando ha poco  
Os dió palabra fiel de estar de vuelta  
Dentro de un hora. Errando por el bosque,  
De amargo y dulce amor rumiando el fruto,  
He aquí lo que pasó: volvió los ojos,  
Y reparad qué cuadro se presenta.  
Al pie de un roble de musgosas ramas,  
Y yerta cima, calva por los años,  
Un mísero de harapos mal cubierto,  
De desgredado pelo y barba espesa,  
Yacía dormido en tierra. A su garganta  
Enroscada una sierpe de oro y verde,  
Con la cabeza, en amenazas ágiles,  
Se iba acercando a su entreabierta boca;  
Mas de repente, al ver a Orlando cerca,  
Se desenreda y corre serpeando  
Bajo una mata; a cuya sombra estaba  
Una leona con enjuta ubre,  
Pegada al suelo y baja la cabeza,  
Cual gato en actitud de espera o caza,

Atenta a que el dormido se moviese;  
Que es condición altiva de esta fiera  
No hacer en nada que parezca muerto  
Presa jamás. Al ver lo cual, Orlando  
Al hombre se acercó, y halló al mirarle  
Que era su hermano, su hermano primo-  
[génito.

CELIA. Oíle hablar de aquel hermano mismo,  
Y como el más desnatural del orbe  
Nos lo pintaba.

OLIVERIO. Y con razón, por cierto.

Que lo era con extremo a mí me consta.  
Pero... ¿y Orlando? ¿Le dejó por pasto  
A la leona hambrienta y extenuada?

OLIVERIO. Dos veces se apartó con tal intento,  
Pero piedad, más noble que venganza,  
Y superior a la ocasión la sangre,  
Movióle a dar batalla a la leona,  
Que pronto ante él cayó; cuya refriega  
Me despertó del sueño desdichado.

CELIA. ¿Sois vos su hermano?

ROSALINDA. ¿A vos salvó la vida?

CELIA. ¿Sois vos quien hizo tanto por matarle?

OLIVERIO. Fuí yo; mas no soy yo. No me avergüenzo  
De confesaros lo que fuí, tan dulce  
Sabe mi conversión, no siendo el mismo.  
Pero... ¿y ese sangriento paño?

ROSALINDA. Al punto.

OLIVERIO. Cuando de cabo a fin, de entrambos tierno  
Hubo bañado el llanto la noticia  
De mi llegada a aquel lugar desierto,  
En breve me condujo al noble Duque,  
Quien dióme vestidura y agasajo,  
Y al celo de mi hermano encomendóme;  
Quien me llevó a su cueva sin tardanza:  
Se desnudó, y en parte tal del brazo  
Habíale arrancado la leona

Alguna carne, que arrojando sangre  
Estuvo en tanto. Desmayóse el pobre,  
Y al desmayar llamó a su Rosalinda.  
Le hice volver en sí; vendé su llaga,  
Y al cabo de algún rato, ya repuesto,  
Mandóme que acudiese, extraño y todo  
A daros cuenta de ello (suplicándoos  
Le perdonéis su falta) y esto diese,  
Teñido en sangre suya, al zagalejo  
A quien en broma llama Rosalinda.

(ROSALINDA se desmaya.)

CELIA. ¡Ay! ¡Ganimedes! ¡Ganimedes mío!

OLIVERIO. Al ver la sangre se desmayan muchos.

CELIA. No es eso sólo. ¡Ay, primo Ganimedes!

OLIVERIO. Ved, torna en sí.

ROSALINDA. Quisiera estar en casa.

CELIA. Allí te llevaremos sin demora.

¿Queréis asirle por el brazo, os ruego?

OLIVERIO.— ¡Animo, mancebo! ¡Vaya un hombre! Os  
falta corazón varonil.

ROSALINDA.— Es cierto; lo confieso. ¿Qué tal, hidalgo?  
Creo que nadie podrá negar que esto estuvo bien fingido.  
Os ruego que digáis a vuestro hermano cuán al vivo lo  
fingí.

OLIVERIO.— No hubo en esto fingimiento; vuestra cara  
atestigua claramente que fué un verdadero desmayo.

ROSALINDA.— Fué fingido, os aseguro.

OLIVERIO.— Pues bien, recobrad ánimo, y fingíos hombre.

ROSALINDA.— Es lo que hago; pero en verdad hubiera  
debido ser mujer.

CELIA.— Venid, os vais poniendo cada vez más pálido;  
por favor, vámonos a casa. Buen hidalgo, acompañadnos.

OLIVERIO. Con gusto, pues es fuerza que a mi her-  
Vuestro perdón anuncie, Rosalinda. [mano

ROSALINDA.— Discurriré algo; pero, os ruego, ponderadle  
mi destreza en fingir. ¿Queréis acompañarnos? (Vanse.)